

DE MATRICES, HÍBRIDOS Y SÍNTOMAS: CIENCIA FICCIÓN Y REALISMO EN TRES NOVELAS LATINOAMERICANAS CONTEMPORÁNEAS

*On Matrices, Hybrids and Symptoms: Science Fiction and Realism
in three Contemporary Latin American Novels*

MARIANO ERNESTO MOSQUERA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (Argentina)
marianoernestomosquera@gmail.com

Resumen: el siguiente trabajo investiga las relaciones entre el realismo y la ciencia ficción en tres novelas latinoamericanas contemporáneas. En primer lugar, se analiza el modo en que *El delirio de Turing* (2005) de Edmundo Paz Soldán utiliza las matrices de la ciencia ficción para elaborar un “realismo tecnológico”. En segundo lugar, se ofrece un estudio de *El recurso humano* (2014) de Nicolás Mavrikakis como un caso de hibridez genérica. Por último, se enmarca una lectura de *Los cuerpos del verano* (2016) de Martín Felipe Castagnet en una discusión sobre las mutaciones de la ciencia ficción producto de la transformación del verosímil realista.

Palabras clave: realismo, ciencia ficción, Edmundo Paz Soldán, Martín Felipe Castagnet, Nicolás Mavrikakis

Abstract: The following work analyzes the relationships between realism and science fiction in three contemporary Latin American novels. Firstly, the way in which *El delirio de Turing* (2005) by Edmundo Paz Soldán uses the matrices of science fiction to elaborate a “technological realism” is analyzed. Secondly, *El recurso humano* (2014) by Nicolás Mavrikakis is studied as a case of generic hybridity. Finally, a reading of *Los cuerpos del verano* (2016) by Martín Felipe Castagnet is framed in a discussion about the mutations of science fiction product of the transformation of realist vraisemblance.

Keywords: Realism, Science fiction, Edmundo Paz Soldán, Martín Felipe

Revista de Pensamiento, Crítica y Estudios Literarios Latinoamericanos

Copyright to the author

COBE



Introducción

Ilustremos un ambiente de época crítico que convoca imágenes genéricamente reconocibles: una enfermedad que se dispersa rápidamente por el mundo, la cuarentena como respuesta, el salto cualitativo en la informatización de las relaciones sociales (tele-trabajo, tele-educación, tele-sociabilidad), la evidencia cada vez más patente y urgente del Capitaloceno como su causa,¹ la crisis económica que dejará como consecuencia, el alza de los fascismos y los autoritarismos, los estallidos de protestas, el imperio de las *fake news* y la lista podría seguir. Se trata de una catarata de fenómenos sociales cristalizados en una fórmula que recorre amplios círculos intelectuales pero que, a título de ejemplo, la reproducimos en las palabras del escritor y ensayista español Jorge Carrión: “Llevo años diciendo que la ciencia ficción es el nuevo realismo y parece ser que en Wuhan se están empeñando en darme la razón” (Carrión, 2020: 27).

Más allá de nuestra agónica coyuntura, lo que interesa retener para nuestro trabajo es aquella intuición, transformada en hipótesis en estas páginas, de una relación productiva, temática, formal y material, entre el realismo y la ciencia ficción latinoamericana en la era digital, que no es una ocurrencia reciente ni exclusiva del escritor español. En una entrevista de 2016 a propósito de la publicación de uno de sus libros, el novelista boliviano Edmundo Paz Soldán señala:

La ciencia-ficción ha ocupado en parte la función del realismo, puesto que en la medida que las nuevas tecnologías se han ido convirtiendo en elementos centrales de nuestra vida cotidiana alguien debía hacerse cargo de la reflexión en torno a lo que significa vivir en una sociedad en la que la presencia de las máquinas se hace cada vez más ubicua y esta reflexión pertenece a la ciencia-ficción. Lo que sucede es que antes esta reflexión podía proyectarse hacia el futuro, pero el tiempo de las máquinas inteligentes es el nuestro y, por tanto, creo que es o debería ser normal que en medio de una novela realista se encontrara una escena que, tiempo atrás, habríamos definido de ciencia-ficción. (Iglesia, 2016: s.p.)

La referencia a Paz Soldán es completamente instrumental a este trabajo, porque una de sus novelas de principios de siglo servirá como punto de partida de nuestro análisis. Así, partiremos de su novela *El delirio de Turing* (2005) para caracterizar lo que, al retomar a Ezequiel De Rosso (2012), llamaremos como “realismo tecnológico”, en tanto muestra cómo se nutre de las matrices estructurales de la ciencia ficción, en particular, del ciberpunk. En un segundo momento, analizaremos la novela *El recurso humano* (2014) de Nicolás Mavrakís como una intensificación de ese realismo tecnológico que deviene, finalmente,

¹ La hipótesis de que la pandemia es el efecto de la incidencia del capitalismo extractivista a escala geológica y ecológica se ha multiplicado en estos meses de cuarentena. A título de mero ejemplo, ver Machado Aráoz, Horacio (2020), “La pandemia como síntoma del Capitaloceno: economía de guerra”, *La tinta*. Consultado en <<https://latinta.com.ar/2020/04/pandemia-sintoma-capitaloceno-economia-guerra/>> (3/11/2020).

un híbrido genérico. En tercer lugar, a partir del disruptivo final de la novela de Mavrakakis, volveremos al género ciencia ficción de la mano de la novela *Los cuerpos del verano* (2012) de Martín Felipe Castagnet, enmarcada en una discusión crítica en la que el mismo autor considera que las transformaciones del verosímil realista producto de la revolución digital implican una mutación en la ciencia ficción. En la conclusión, por último, a partir de las lecturas, evaluaremos algunos debates sobre el realismo y la ciencia ficción en la literatura contemporánea.

De las matrices: *El delirio de Turing* de Edmundo Paz Soldán

El delirio de Turing y la poética general de Paz Soldán emergen de cierto agotamiento del realismo mágico latinoamericano. La novela narra los avatares políticos en los primeros años de nuestro siglo de Río Fugitivo, una ciudad boliviana imaginaria que ya había aparecido en otras de las novelas de Paz Soldán. En el marco de unas masivas protestas contra el aumento de los servicios de luz de una multinacional extranjera (Globolux), un grupo de *hackers* liderado por un joven misterioso apodado “Kandinsky” organiza medidas de fuerza bajo la órbita de políticas de resistencia contra la globalización. Paralelo a esto, los aparatos represivos del Estado, institucionalizados bajo una organización llamada “La cámara negra”, intentan localizar y neutralizar el peligro social de estos *hackers*, autodenominados “La resistencia”. En un sentido muy general, que luego nos encargaremos de singularizar, la novela puede pensarse bajo la categoría problemática de realismo, un “realismo tecnológico”, por el papel estructurante de la figuración de las nuevas tecnologías de información en la narración.

Diana Jorza (2012), en un artículo que le dedica a la novela, piensa a *El delirio de Turing* como un emergente del bloqueo de la imaginación política emancipadora después de la caída del muro de Berlín. Así, el fracaso histórico de las izquierdas a nivel mundial presiona al nivel de las prácticas artísticas para ensayar un nuevo tipo de figuración utópica. Jorza dirá que en *El delirio de Turing* se delinea lo que ella llama una “utopía crítica”, una utopía que no funciona como modelo de una sociedad más igualitaria sino solo como sueño de emancipación vago, con un referente negativo, el neoliberalismo y la globalización. Aunque, como se ha señalado, resulta difícil sostener el significante “utopía” para la novela, la operación de Jorza nos resulta decisiva en dos aspectos. Por un lado, nos permite caracterizar a la obra en una serie textual que hace de la literatura parte de los discursos culturales que prefiguran la experimentación con nuevas formas de ciudadanía sociopolítica. En este sentido, la lucidez de Paz Soldán es plantear a internet como una nueva zona de intervención política por fuera de los parámetros clásicos del Estado-nación. La novela configura una oposición clara entre Kandinsky, como un *hacker* cuyas acciones son a un nivel transnacional, y Turing, el criptoanalista de la agencia gubernamental. De un lado quedará el poder de un nuevo tipo de activismo político, y del otro la impotencia, la incapacidad de actuar de los representantes del Estado. Volveremos sobre esto. La operación de Jorza es decisiva en otro sentido. En tanto la constitución de agencia política se plantea como resistencia a un

referente negativo (el neoliberalismo y la globalización), podríamos precisar, de la mano del análisis de Jorza, que la novela se inserta en una discusión más amplia de la filosofía política. Si uno de los consensos más polémicos de los años en que se publicó la novela era “fukuyamista”, es decir, la afirmación que, luego del fracaso del proyecto soviético, nos encontraríamos en una época terminal de la historia donde el capitalismo y la democracia liberal son las formas definitivas de las relaciones económico-políticas; *El delirio de Turing*, en cambio, parece postular lo contrario: “Los jóvenes de Occidente protestaban contra el nuevo orden mundial, en el que el capitalismo era la única opción” (Paz Soldán, 2005: 131). La historia de la lucha de clases continúa, aunque hayan mutado sus medios y sus alcances, y esas relaciones hegemónicas son contingentes, susceptibles a cambios estructurales, a pesar de que la imaginación política tenga dificultades para proponer nuevos modos de relacionarse. Tal como señala Flavia, la hija de Turing, en una conversación con los agentes del Estado: “Los de la Coalición me parecen unos imbéciles que sólo saben decir no a todo, y no tienen ningún plan alternativo que ofrecer” (226). El texto, en un mismo gesto, socava el principio teleológico del fukuyamismo y visibiliza la incapacidad de la izquierda de proponer otro modelo de sociedad.

En el centro de esta nueva escena que plantea la novela, está, entonces, el *hacker* y el hacktivismo. El texto plantea una ficción de origen para nuestro *hacker* estrella: desde sus humildes comienzos en una familia de muy bajos recursos (caracterizada por la actividad analógica o mecánica de arreglar bicicletas o autos), hasta el hackeo de entidades gubernamentales, pasando por las sesiones autodidactas en los internet café y los primeros delitos informáticos robando claves de tarjeta de crédito. Tal como señala Andrew Brown (2006) en su artículo, alimentado de las conceptualizaciones de lo “posthumano” de Katherine Hayles y de lo “cyborg” de Donna Haraway, en *El delirio de Turing* la figura del *hacker* se encuentra todo el tiempo tensionada entre dinámicas de corporalización y descorporalización (*embodiment, disembodiment*). Por un lado, el *hacker* es el agente humano, es decir, material, perfecto para interactuar con el “nuevo misticismo” de las computadoras (una suerte de gurú que puede acceder a información que los meros mortales no); pero, por otro, de esa agencia dependen profundas pérdidas del sentido del tiempo y dilapidación de recursos energéticos. Por otro lado, los discursos iniciales sobre internet hacían foco en sus potenciales democratizadores, al abrir un nuevo reino de igualdad y libertad. Precisamente, la figura del *hacker* en *El delirio de Turing* impide sostener una mirada utopista o integrada sobre la red, ya que su existencia y sus acciones exponen que nos encontramos frente a nuevas relaciones de poder. Como diría Deleuze (1991), traspaso de un paradigma de la consigna (enunciado de inclusión) al paradigma del *password* (enunciado de exclusión): “En la red el flujo de información debe ser libre y no debería haber secretos: las contraseñas atacan contra ese flujo libre y por lo tanto deben ser atacadas” (Paz Soldán, 2005: 63).

En la novela, el *hacker* es entonces la figura subjetiva que permite liberarse de los efectos de la sociedad de control y garantizar, al menos provisoriamente, el libre curso de la información. Este es un punto clave de nuestra lectura de la

novela: el realismo tecnológico que construye Paz Soldán se alimenta ostensiblemente de las matrices de la ciencia ficción, en particular del cyberpunk que, de la mano de Bruce Sterling y William Gibson, encontró popularidad en la literatura (y luego en otras artes y hasta en el imaginario popular más general) a partir de los años ochenta. En primer lugar, la centralidad del lugar del *hacker* en la novela de Paz Soldán continúa el impulso de estos escritores de ciencia ficción. Tal como en *Neuromancer* de William Gibson, por dar un ejemplo paradigmático, en *El delirio de Turing* Kandinsky es un “ser diaspórico”: por un lado, suficientemente adaptado a las mutaciones tecnológicas del mundo que lo rodea dado su conocimiento pragmático de estas; por otro, marginal a esa sociedad, ya que su uso de las tecnologías bordea y a veces atraviesa el límite entre lo permitido y lo ilegal, robando información, usufructuando con ella, sea económica o políticamente, al ubicarse en un lugar contestatario o, al menos, irrisorio para el sistema. En segundo lugar, íntimamente relacionado con el primer punto, la novela de Paz Soldán se ajusta satisfactoriamente, con la combinación de las revueltas populares y las luchas tecno-semióticas, a la caracterización general que Bruce Sterling da del subgénero del cyberpunk como lugar diferencial en la ciencia ficción: “the unholy alliance of the technical world and the world of organized dissent—the underground world of pop culture, visionary fluidity, and street-level anarchy” (1986: xii). En tercer lugar, tal como señala Ezequiel de Rosso (2012) en un artículo del que retomamos algunas de las hipótesis de estas páginas, si en otros relatos latinoamericanos lo tecnológico se usa como elemento de verosimilitud, en *El delirio de Turing* se combina inestablemente (como en el cyberpunk) una naturalización de la tecnología — no se performa un esfuerzo por acercar el mundo al lector y se toman las tecnologías como punto de partida “ya adquirido”, en una figuración basada en el “desdén cognitivo” que, en el caso del ciberpunk, la alejaba de la ciencia ficción clásica y su utilización del “extrañamiento cognitivo”— y una opacidad de la misma, como veremos a continuación.

Un elemento narrativo importante de la trama de la novela es el del “Playground”. Se trata de un mundo multijugador virtual en tiempo real, que, como su variante no ficcional, el *Second Life*, combina el juego de rol, la interacción entre personajes, la ficción interactiva y el chat online. Los personajes jóvenes de esta obra se encuentran en constante interacción con el Playground, fuente constante de consumo e inversión de dinero y tiempo. Los *hackers* encuentran en el Playground no solo la plataforma para una interacción por fuera de la órbita del Estado sino también el terreno fértil para sus primeros ensayos de resistencia. El Playground conserva para sí el monopolio privado de la violencia digital legítima, es “un territorio apocalíptico gobernado con mano dura por una corporación” (Paz Soldán, 2005: 80). Si el Playground es un síntoma del neoliberalismo y la globalización (en varias ocasiones los personajes se quejan de la constante presencia de publicidades en el juego), los *hackers* pretenden rebelarse, en palabras del filósofo Bifo, a ese “tecno-totalitarismo”. Se trata de desplegar y liberar la potencia de una destrucción creadora, figura ambivalente de la emancipación ya que implica el mismo *ethos* del capitalismo

tardío. Pero los personajes reconocen este entrecruzamiento, ser *hacker* finalmente es hacer un uso no capitalista de herramientas capitalistas: “Los hackers abusan de la tecnología, encuentran en los artefactos usos para los que no estaban programados” (Paz Soldán, 2005: 64). La agencia política de los *hackers* se inserta en la temporalidad múltiple de los movimientos de emancipación: a la variante moderna de las huelgas y las protestas callejeras se le superponen la variante posmoderna de la politización de la informatización de la sociedad. El personaje de Kandinsky es claro sobre este punto: no se trata de “aislarse en la red” sino de articular esta multiplicidad de agenciamientos. La voluntad política cristaliza en “atacar al gobierno de Playground, [para] ir desarrollando un modelo de resistencia que luego se pondría en práctica en la vida real” (207). Pero el problema, tal como lo menciona Rafael, un hacker del entorno de Kandinsky, es que “no hay correspondencias directas entre un mundo y otro” (207), por lo que el proyecto deviene problemático, indecible y abierto. Las tecnologías en la novelas son fundamentalmente opacas, no se puede reconstruir satisfactoriamente ni su entramado estructural con la sociedad ni sus efectos (políticos) a partir de esos usos desviados.

Probablemente, el realismo de la novela se autfigure más cabalmente en el personaje de Turing. Biólogo de profesión, obsesionado con los mensajes secretos del ADN, luego se dedica a trabajar con las palabras. Turing está marcado por una paranoia interpretativa: “Hace mucho tiempo, desde tu infancia, que sientes que el mundo te habla, en todo tiempo y en todo lugar” (67). Así, para él, todo es susceptible de ser transformado en código, en una regresión sin fin, lo que explica su “delirio”. En este sentido, el realismo de la novela es paradójicamente “desrealizante”, siempre hay la sospecha de un detrás de escena paranoico (como en el cyberpunk) que desestabiliza o reconfigura tanto los referentes como su grilla de inteligibilidad. Por eso los personajes insisten en hablar de una “realidad real” (242), intensificación que funciona como mecanismo compensatorio de esa desestabilización producida por el tránsito de *episteme* y las tecnologías de la información, una mutación de lo visible, lo pensable y lo realizable (Rodríguez, 2019). La tensión textual se organiza alrededor de la identificación de Kandinsky pero es una tensión que nunca se resuelve, en tanto se señala que siempre habrá algo que se resista a ser descifrado. En flagrante contradicción, Albert, el viejo jefe de la “Cámara negra”, postula lo que podríamos llamar el “sueño del Estado”: “Ahorraríamos tanto tiempo [...] si pudiéramos controlar el ruido del mundo; nos sería mucho más fácil conocer los planes de nuestros enemigos” (Paz Soldán, 2005: 201). A la producción de una legibilidad sin fisuras (sin “ruido”) que intenta imponer el Estado, los *hackers* les responderán con el anonimato, la desobjetivación estratégica, en una ecuación que nunca se resuelve, sin síntesis, que se mantiene indeterminada, que expone tanto el bloqueo de la imaginación emancipadora como su necesaria apertura a nuevos territorios.

De híbridos: *El recurso humano* de Nicolás Mavrakis

Si en *El delirio de Turing* el problema eran las mutaciones de la escena pública y la ciudadanía política en la era digital, un asunto que, al exponer los bloqueos de la imaginación emancipadora, se mantenía indecible; en la novela del argentino Nicolás Mavrakis, *El recurso humano*, todo ese núcleo problemático se desplaza. Ya no hay más Estado en el centro, el problema no es directamente la agencia política, los técnicos de la información ya no son héroes marginales sino elementos completamente integrados a los nuevos avatares del capitalismo neoliberal. No es una novela despolitizada, sino más bien un texto donde la intervención política se resitúa figurando los últimos avances y tendencias tecnológicas. Se trata, aun así, de un realismo tecnológico, pero uno de una declinación singular, dado por una modulación genérica que problematizaremos hacia el final del apartado.

El recurso humano narra dos historias entrelazadas por un narrador en primera persona que se cualifica como un sujeto entre dos mundos: un estudiante de Letras y programador *freelance*. Esta dualidad subjetiva constitutiva, dualidad de formación, de práctica y de institución, abre dos líneas narrativas diferenciadas. Por un lado, una narración que relata lo que podríamos llamar la “organización laboral” del protagonista, un proyecto de intervención desde su trabajo como programador. Por otro, el relato de un triángulo amoroso. Ambas líneas narrativas están caracterizadas por proceder en la forma de un diario que se despliega desde el fin hasta el principio, desde la última entrada hasta la primera.

Estas diferenciaciones en la lógica de la escritura de la novela introducen a su vez una doble lógica en tensión al nivel de la subjetivación. La primera lógica que se desprende, en una lectura que atienda a las redes de poder que figura el texto, es la de una visibilización de los efectos subjetivos de las tecnologías de información. En un primer sentido, lo que se dibuja de una manera evidente es la construcción de una figura de trabajador en la era digital. Se trata de lo que Franco Berardi define como *cognitariado*: “El *cognitariado* es el flujo de trabajo semiótico socialmente difundido y fragmentado” (2016: 120). Como señalábamos, la labor que reproduce el narrador de la novela es la de un programador de algoritmos informáticos que permitan crear patrones de consumo. Mavrakis caracteriza a esta figura de trabajador cognitivo como consciente de su lugar central en la cultura contemporánea: “Ustedes, dijo, son los verdaderos filósofos del siglo veintiuno” (Mavrakis, 2014: 24). Esta consciencia dista de depender de una valoración acrítica de las nuevas tecnologías, porque no tarda en perfilarse como consciencia de los nuevos efectos de poder, de los efectos nefastos al nivel de la subjetivación. Por ello no extraña que rescate en sus páginas al discurso filosófico *deleuziano*, específicamente aquel que actualizaba a Foucault y pensaba a las sociedades *posdisciplinarias* como “sociedades de control”. En este texto, uno de sus últimos, Deleuze planteaba que las mutaciones del poder en el presente se definen a partir de la “crisis de las instituciones” como un paso de un régimen de dominación cerrado y discontinuo (el modelo de la prisión, pero también el de la familia, la escuela, el

hospital) a un régimen abierto y de modelación continua de la subjetividad, determinado por la lógica empresarial permanente de la venta y la deuda. El narrador de la novela de Mavrakis elabora una “ficción etnográfica” en la que las nuevas tecnologías son el centro de irradiación de subjetividades laborales interpeladas constantemente y subjetividades pasivas volcadas hacia el consumo. Lo que el texto visibiliza con esa apelación a los algoritmos de consumo es el carácter “dividual” de la subjetividad contemporánea, donde los sujetos son tomados como masa de datos sobre las que se opera algorítmicamente para producir un marketing amoldado al deseo de los consumidores, como si el mercado anticipara el deseo, en una “gubernamentalidad algorítmica” (Rodríguez, 2019). Por un lado, entonces, cognitariado, por otro, subjetividades mercantiles, dividuales.

Alrededor de este procedimiento de visibilización es donde se despliega una ambigüedad constitutiva respecto de la concepción de escritura, de diario y de literatura. El narrador comenta una y otra vez que la función del diario es protegerse contra los embates de su trabajo cognitivo: “Necesito almacenar mi propia memoria. Necesito protegerme de la despersonalización que impone mi trabajo” (Mavrakis, 2014: 96). Esa protección que se busca y que se anhela aparece como un cuidado de sí, un cuidado de la relación del sujeto con su memoria. Pero ese pasado que ofrecería refugio no deja de ceder frente a los marcos cognitivos que despliega su actividad: “Aterrizo irreparablemente sobre cuestiones laborales” (96). La escritura no deja de visibilizar que lo que nosotros llamamos la sociedad de control ha colonizado el mundo de las relaciones sociales, incluso la amorosa. En una escena sexual, la escritura troca la descripción de la dinámica de los cuerpos por una analogía informática: “La chica dark sonrió. Después, giró su cuerpo blanco como una hoja de *Word*” (27). En este sentido, las dos lógicas narrativas no ocupan el mismo nivel estructurante, en tanto aparece la experiencia amorosa supeditada imaginariamente a la narración de las experiencias laborales. De todos modos, las esperanzas de la narración plantean que la relación amorosa, sus imágenes prototípicas, sus lugares comunes de la cultura literaria, deben constituir el contrapunto fundamental de los efectos del trabajo: “¿Qué valor tienen los ojos de una mujer capaces de transportarte donde *nada* tiene sentido? [...] No puedo transformarlo en datos” (114, cursivas del original). No obstante, esas esperanzas son constantemente boicoteadas cuando una conciencia analítica las toma como objeto y encuentra que la “variable del aburrimiento” es la norma verificable para el sostenimiento del amor. En un sentido más amplio es toda la cultura libresca la que fracasa como modelo de subjetivación efectivo para presentar una alternativa al poder de las tecnologías de la información: “Ningún crítico académico de Estudios Culturales va a ocuparse nunca de la revolución profunda que Motwani provocó con el algoritmo de *PageRank*” (50).

Los trabajadores cognitivos de la novela, como hemos señalado, se encargan de la producción de tales algoritmos como reforzamiento de un capitalismo neoliberal que procede creando un consumo personalizado. Ahora bien, lo interesante de la comprobación de tal visibilización es la aparición en el

texto de un sueño de predicción absoluta en la forma de una pregunta: “¿Qué tal si uno pudiera, llegado el caso de la predicción perfecta de los fenómenos humanos, moldear el mundo de acuerdo a las necesidades de cada individuo?” (Mavrakis, 2014: 37). Lo que en *El delirio de Turing* se trataba de un “sueño totalitario del Estado” ahora es parte constitutiva de la imaginación de nuestros protagonistas. Por un lado, entonces, el limitado poder de subjetivación de la literatura y los discursos académicos que la acompañan, por otro, la emergente y colonizadora capacidad de estructuración del individuo por parte de las tecnologías de la información: “En ninguna facultad de Letras se enseña que los verdaderos escritores del futuro serán quienes escriban programas” (51). Así se entiende que, proféticamente, el diario se abra con su cierre y aparezca atravesado por el fracaso de la escritura como forma de proteger a la subjetividad humanista del narrador, su intimidad, su memoria, de los embates del imaginario algorítmico: “No le encuentro ninguna lógica, ninguna utilidad a este diario. [...] Este diario se cierra acá” (19). La “técnica de sí” más cara a la cultura letrada, el diario, cae rendida impotente frente a los poderes desencadenados por las nuevas tecnologías de la información.

Si bien *El recurso humano* se construye a lo largo de sus páginas como una narración de un “realismo tecnológico”, es decir, una narración que expone en presente las ambivalencias de las tecnologías de la información y su efecto sobre la subjetividad, el final del texto está estructurado como un paso hacia la ciencia ficción. Se trata del personaje del Arcidiácono, un gurú de las tecnologías que pone en escena el sueño de una vida continuada en la red, la aparición de una subjetividad donde se reúnen en una sola figura el trabajo inmaterial del cognitariado y el control del deseo en el consumo. Se nos informa que el Arcidiácono está muerto, pero interactúa una y otra vez con el resto de los personajes: “Arcidiácono es una ecuación. [...] Su propia memoria se había digitalizado bajo un algoritmo que se nutría del análisis diferencial de cada orden de compra ingresada a todas las versiones occidentales, orientales, legítimas y piratas de sitios como *eBay*, *Amazon*, *BetterWorldBooks*, *Hardwaresales.com*, *Mercado Libre*” (130). Es la cristalización final de la contraposición entre la frágil memoria humana, de sus concretizaciones en la cultura letrada y el potencialmente infinito poder transhumanista de la red. Y, a pesar de esa contraposición, la novela de Mavrakis conserva la inteligencia de figurar ese paso a la ciencia ficción como una radicalización de cierto germen de la cultura humanista, mediada por el neoliberalismo como dispositivo de producción de subjetividades. El transhumanismo, prácticamente en las antípodas del posthumanismo como posición teórica, pese a compartir algunos núcleos problemáticos (como la intersección entre lo humano y lo tecnológico), se piensa como una radicalización del proyecto ilustrado de perfectibilidad humana, basada en un cartesianismo de base que separa a la conciencia de su corporalización (Wolfe, 2010). Así, Mavrakis compone el transhumanismo con la subjetividad neoliberal: si podemos pensar en una vida en la red como separación de la *res cogitans* y la *res extensa* es porque antes se emplazó una forma de producir la subjetividad en la que, con el “empresario de sí”, se ha migrado la

categoría del capitalista al propio trabajador, al hacer de su fuerza de trabajo (su cuerpo, sus energías creativas) su propio capital, su propiedad, que él mismo administra (Foucault, 2016). El transhumanismo, en Mavrakakis, no es solo un “ultrahumanismo”, sino también una continuación, por otros medios, del proyecto neoliberal y la gubernamentalidad algorítmica.

De síntomas: *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet

El final de *El recurso humano* es el punto de partida de *Los cuerpos del verano* del argentino Martín Felipe Castagnet, con lo que retornamos plenamente a la ciencia ficción. No solo el objetivo del transhumanismo se ha alcanzado sino que también se ha generalizado. En la sociedad de la novela, la mayoría de la gente decide vivir después de la muerte en Internet (estado llamado “en flotación”) y buena parte elige luego que su mente sea migrada (“quemada”) a un nuevo cuerpo, donde puede vivir una segunda vida corporalizada. Precisamente, la novela sigue a un narrador en primera persona que relata su experiencia de volver a vivir en un cuerpo tras un siglo de permanecer “en flotación”.

La inclusión de este texto en la serie de las relaciones entre realismo y ciencia ficción en la literatura latinoamericana contemporánea se comprende si la enmarcamos en una discusión sobre el desarrollo del género que el propio autor despliega en su trabajo como crítico, y que posteriormente despertó una pequeña polémica, que comentaremos en la conclusión. Nuestro trabajo partió de la intuición suficientemente generalizada de que, en la contemporaneidad, “la ciencia ficción es el nuevo realismo”. A partir de ahí, especificamos tal intuición visibilizando matrices e hibridaciones en las novelas de nuestro corpus. Castagnet, por su lado, en sus trabajos críticos, parte de esta intuición para proponer una lectura de las transformaciones del género como consecuencia de este movimiento.

El autor y crítico señala que “la revolución digital sacude los cimientos de la cultura, y la ciencia ficción siempre fue particularmente perceptiva a estos temblores” (Castagnet, 2015: s./p.). En este sentido, en su trabajo, enfocado principalmente en los avatares de los circuitos editoriales argentinos, Castagnet pretende singularizar el despliegue de este temblor dado por la indecibilidad de ciertos referentes e imaginarios: “¿Internet pertenece al realismo o a la ciencia ficción?” (2015: s./p). Si tradicionalmente la distancia entre el invento real y el invento ficticio configuraba el *novum* tecno-científico que posibilitaba la ciencia ficción, ahora, según el escritor argentino, cuando internet se ha tornado en real, tal distinción se ha abolido, lo que implica una necesaria mutación del género. Castagnet entiende esta mutación como liderada por aquel programa ballardiano: “La ciencia ficción tiene que dejar de ocuparse del espacio exterior y el futuro lejano y ocuparse del futuro cercano y el espacio interior” (2015: s./p). Así, al recuperar las escrituras de Marcelo Cohen y Hernán Vanoli, señalará que en la contemporaneidad la ciencia ficción encuentra en internet “un modo de configurar la construcción de la intimidad y la transmisión de la experiencia” (2015: s./p).

Es este marco de inteligibilidad el que permite localizar nuestra lectura de la novela respecto del diagnóstico crítico de su autor. Podríamos decir que *Los cuerpos del verano* es una figuración del reencuentro como clave del efecto de las tecnologías de la información sobre la subjetividad. Por un lado, reencuentro con el cuerpo tras la muerte, que es también un reencuentro con la finitud tras una vida marcada por la virtualidad, una vida no atada a las determinaciones del mundo físico. Por otro lado, reencuentro con el entorno social, específicamente el entorno familiar tras décadas de separación. Alejada del imperativo de la verosimilización del “extrañamiento cognitivo” que caracteriza ciertas escrituras de la ciencia ficción, la novela de Castagnet elige a una persona no versada en la problemática científico-tecnológica para narrar las transformaciones de ese mundo. El protagonista ha estado un siglo “en flotación” antes de poder reencarnar en un cuerpo, por lo que cierta desorientación y sensación de ajenidad con su entorno se hace presente. Ahora bien, esa desorientación no es solventada por una mirada especializada, sino más bien por las impresiones subjetivas de este personaje. Por otro lado, se trata de un reencuentro, pero este reencuentro no es nunca la recuperación de una unidad perdida ni se desarrolla sin tensiones. El reencuentro es fundamentalmente siniestro o desplazado. El cuerpo de la “señora gorda” en el que reencarna el narrador, en un primer momento, es el retorno de una afectividad fetichizada por la narración. En una de las primeras escenas, el texto se detiene pormenorizadamente en las percepciones que acompañan la ingesta de una naranja. Así, la concepción del lenguaje que despliega la novela funciona en las antípodas de la disociación entre el cuerpo y el alma que introduce la técnica según el transhumanismo. Frente a esta separación, el lenguaje de la novela reintroduce una subjetividad corporalizada, una experiencia propioceptiva, un trayecto singular que atraviesa la carne: “El calor me satura la piel. Los ojos se entrecierran [...]. También me gusta toser hasta quedar ronco, regresar al cuarto y oler ropa usada” (Castagnet, 2012: 11). Este primer momento, el de una afectividad fetichizada, no tarda en ser reemplazado por figuraciones del cuerpo como materia impropia y extrañada. El límite de la identificación es la experiencia de un cuerpo fallado, atravesado por una sexualidad degradada y por una debilidad que impide la acción: “Lo primero que hice cuando estuve a solas fue meterme los dedos en la concha. No sentí nada” (13). La lectura de Liliana Colanzi (2020) reconoce perspicazmente el universo de debates en la que se inserta la novela: el transhumanismo con sus raíces cartesianas y liberales de jerarquización de la conciencia, la transformación del cuerpo en mercancía y mera prótesis, la extensión de las lógicas mercantiles hasta sus últimas consecuencias, con la formulación de nuevos excluidos, y la puesta en crisis del binarismo de género. Pero, tal como señala explícitamente Isabelle Wentworth (2020), desde una perspectiva cognitiva, e implícitamente Florencia Colombetti (2018), desde una perspectiva biopolítica, la novela no identifica lo narrado con la perspectiva sobre lo narrado, particularmente alrededor del transhumanismo, sino que, como vinimos señalando, introduce singularmente una problematización de esos esquemas imaginarios. *Los cuerpos del verano* reincorpora lo que los “nuevos sueños neocartesianos” intentan borrar: el cuerpo,

como vemos, está en el centro de la escena, sea como declinación material de una experiencia de un tiempo ya no lineal sino circular, como señala Colombetti, o como ensamblaje entre lo biológico y lo tecnológico que termina poniendo el énfasis en el carácter situado del cuerpo y la cognición, como señala Wentworth.

En este sentido, la fragilidad del cuerpo en la novela nunca llega a reponer en el texto una oposición neta entre lo viviente y sus defectos y la técnica y su perfección. De forma plena, la vida aparece en *Los cuerpos del verano* como tecnológicamente mediada, la técnica no es exterior a la vida sino su condición de posibilidad. El cuerpo de la “señora gorda”, por ejemplo, depende constantemente de una batería y el narrador no omite críticas y lamentos. La novela avanza incluso más lejos cuando postula al mismo nivel ontológico la vida y la técnica. La tecnología de la información aparece cualificada vitalmente. Internet “cuenta como cuerpo”. ‘Internet es traslucido, inestable, viscoso’. Mientras lo digo imagino una medusa” (Castagnet, 2012: 20). Es decir, si la vida está tecnológicamente mediada, el proceso inverso también aparece como verdadero. Se trata de un contagio entre dos campos semánticos que connota una relación compleja y tensionada: tecnomorfismo de la vida, biomorfismo de la técnica.

Si las tecnologías de la información afectan la subjetividad al nivel de la relación con el cuerpo viviente, una intervención similar aparece al nivel de las relaciones sociales, como también en la familia (Colanzi, 2020). La imagen que predomina en este sentido, en consonancia con lo que señalábamos, es la de un progreso irrefrenable e irracional que deja marcas irremediables en la cultura y la sociedad como plano de lo intersubjetivo: “La tecnología no es racional; con suerte, es un caballo desbocado que echa espuma por la boca e intenta desbarrancarse cada vez que puede. Nuestro problema es que la cultura está enganchada a ese caballo” (Castagnet, 2012: 31). La novela enfoca este arrastre de la cultura por la tecnología en dos elementos. Por un lado, el texto visibiliza el punto en que el problema de lo viviente encuentra su límite: la muerte. Pese a que continúa siendo “secreta, universal y obligatoria” (55), una experiencia intransferible y solitaria, la muerte pasa también a formar parte de una nueva economía política de los cuerpos. El mundo de la novela, atravesado una evaluación ambigua del transhumanismo, reescribe nuevas concepciones frente a la finitud del viviente. La muerte deja de ser irremediable y aparece como el punto de partida de una nueva vida. Los cementerios dejan de ser lugares de duelo para pasar a convertirse en un mercado de cuerpos para nuevas migraciones. Las actitudes frente a la muerte configuran una jerarquización de lo viviente y su imagen social. Por ejemplo, una minoría de los muertos “conserva el cuerpo original, como un mendigo aferrado a sus harapos; [y] se los considera enfermos” (17). El gobierno pasa a regular la vida después de la muerte exigiendo su registro y estableciendo leyes para la reencarnación. A su vez, la institucionalización produce circuitos de clandestinidad, mercados negros de cuerpos.

Si, tal como señala Flavia Costa (2017), la sociedad occidental de los últimos siglos estuvo signada por un “imperativo de salud”, en *Los cuerpos del verano*, ese imperativo, como efecto de las tecnologías, comienza a desaparecer y la relación con el propio cuerpo se desingulariza. Ya no existe una presión social

sobre el cuidado de sí en un mundo en el que otra vida y otro cuerpo aparecen como posibles. En este sentido, los vicios como el consumo de tabaco y drogas sufren un incremento considerable, los deportes extremos se popularizan y el asesinato aparece como un juego de niños. El imperativo de salud, en definitiva, se troca por un imperativo de sobrevida.

El cuerpo, la muerte, la familia, los amigos. La tecnología funciona en la novela como una “conquista de territorios” (Castagnet, 2012: 35), como una fuerza que imprime una huella ineludible en los espacios y las subjetividades. Aunque el énfasis está puesto en la interioridad y la experiencia, a diferencia del diagnóstico crítico de su autor, la ciencia ficción de *Los cuerpos del verano* parte del espacio interior, de lo doméstico, de lo local, pero para reencontrarse también con todo el entramado de lo social. Aunque ya no es el espacio exterior el foco de esta literatura de género, es la dimensión del sujeto colectivo y la definición de lo humano lo que sigue estando en el centro de esta textualidad. Finalmente, son nuevas lógicas de vida las que se desmarcan en un mundo en el que “la red tiene una existencia tan concreta como las ciudades de una civilización” (63).

A modo de conclusión

Indagar en las relaciones variables entre el realismo y la ciencia ficción contemporánea en la literatura latinoamericana se reveló fructífero para entender una serie de textualidades que, sea por su carácter diaspórico (Paz Soldán), híbrido (Mavrakis) o sintomático (Castagnet) respecto de los géneros en cuestión, se revelan como un desafío para los estudios literarios e implican una reescritura de las dinámicas intercategoriales. Resta, por el momento, elaborar algunas breves reflexiones generales para expandir el foco de las problematizaciones.

En primer lugar, tal como señalaba Ezequiel de Rosso (2012), si bien *El delirio de Turing* puede entenderse tanto adentro como afuera de la ciencia ficción, lo que resulta difícil de negar es la evidencia de que la novela se alimenta de las matrices formales y temáticas del género para elaborar un realismo tecnológico marcado por la indeterminación informativa (y ontológica), la simultánea naturalización y opacidad de la tecnología. Se suma a ello la pregunta por la posibilidad de la agencia política en una sociedad atravesada por el capitalismo de vigilancia.

En segundo lugar, respecto de la novela de Mavrakis, quizá, a partir de nuestra lectura, resulta productiva pensarla en relación con lo que Luz Horne (2011) llama “nuevos realismos” de la literatura latinoamericana contemporánea. Enfocada en las obras de Cesar Aira, João Gilberto Noll y Sergio Chejfec, entre otros, la investigadora llama la atención de una transformación del realismo dada no solo por los cambios en los registros de la verosimilitud sino también por la intervención de procedimientos de la vanguardia histórica, que ya no llamarían a una poética autorreferencial, antinarrativa, tendiente a la ilegibilidad y a una artificialidad representacional constitutiva y recursiva, sino a un renovado “deseo de lo real”, discontinuo pero indicial y performativo. En este sentido, la novela de Mavrakis, con su enfoque formal en la fragmentación y en la violación de la

linealidad narrativa como modo de crear un “fresco” de la época, puede entenderse bajo esta órbita. La figuración de la incapacidad de las herramientas de la cultura letrada para enfrentarse a las transformaciones del presente quizá no tienda tanto al vacío figurativo propio de las vanguardias sino a una zona de “vacancia” que el paso a la ciencia ficción hacia el final del texto (como radicalización y extrapolación del verosímil planteado en resto de la novela) podría subsanar. Este extraño “deseo de realidad”, entre el realismo y la ciencia ficción, se puede leer también, según el estudio de Nicolás García (2020), en las novelas distópicas de Hernán Vanoli.

En tercer lugar, más allá de la matización de su diagnóstico que nos ofreció nuestra lectura de su novela, la propuesta de Castagnet de las transformaciones del género ciencia ficción como sintomáticas de una mutación de lo verosímil que introduce la cibercultura merece un estudio atento. A eso se ha abocado Romina Wainberg (2017) en un artículo que busca refutar una frase un tanto desafortunada de Castagnet: “Acá la ciencia ficción está más ligada al término sin ciencia” (2017: s./p.). Wainberg parte de los estudios fundacionales de Darko Suvin (1972), quien afirmaba que el género está signado por un extrañamiento cognitivo, cuyo recurso formal más precioso era el emplazamiento de un marco imaginativo distinto del ambiente empírico del autor, basado en un *novum* tecnocientífico que es explicado a partir de extrapolaciones del conocimiento de la época. El propósito de Wainberg es doble. Por un lado, busca defender la especificidad del género. Para evitar caer en una taxonomía muy rígida, matiza los aportes de Suvin con las caracterizaciones del género de Pablo Capanna y Luis Pestarini, quienes afirman que la ciencia ficción (argentina, en este caso) se caracteriza históricamente por no emplear como punto de partida la ciencia, sino la propia ciencia ficción. Ahora bien, de manera inteligente, para no terminar confirmando lo que buscaba refutar, Wainberg rescata que esa apelación a la historia del género como punto de partida no implica una ausencia de la ciencia, sino solamente su aparición mediada. El trabajo de Wainberg parece reconocer que un género es un entrecruzamiento de niveles formales, temáticos, materiales y pragmáticos, cada uno con su historicidad propia, pero su énfasis es más bien en el material (los conocimientos científicos y tecnológicos de la época) o, aún más rigurosamente, la relación entre el material y el extrañamiento cognitivo formal. Este énfasis está dado por su segundo propósito: un objetivo programático para la literatura. La ciencia ficción se beneficiaría si, en vez de reversionar los lugares comunes del género y de la experiencia cotidiana de las tecnologías, le otorgase un lugar productivo al estado anti-intuitivo de la tecnociencia contemporánea. Lejos está de la pretensión de esta conclusión evaluar ese llamado (a todas luces interesantes), pero lo que sí resulta importante señalar es que, en cierto sentido, el impulso programático de Wainberg oscurece su capacidad descriptiva. Sin dejar de lado las conceptualizaciones de Suvin, podríamos decir que la historia del género, además de estar atravesada por el “extrañamiento cognitivo” (estructurantes de escritores como Phillip Dick o Isaac Asimov), también por momentos ha tendido, con la “new wave” (James Ballard, Barry Malzberg) y el cyberpunk (William Gibson, Bruce Sterling) como

sus momentos más pregnantes, a la indiferencia como tono narrativo, al “desdén cognitivo” como ruptura del pacto enunciativo clásico y a la desaparición del énfasis de que lo que se cuenta es extraño (De Rosso, 2012), elementos que caracterizan parcialmente a la novela de Castagnet. En este sentido, se entiende que, en su carácter programático, Wainberg recaiga en el gesto de Suvin de desterrar textualidades del género, aunque ya no sea el *pulp* como en la obra crítica del croata, sino las de Hernán Vanoli, I Acevedo, Michel Nieva y Sebastián Robles. Por las limitaciones de este artículo, queda pendiente una discusión más extensa sobre la polémica, que le haga justicia al argumento de Wainberg.

Ahora bien, sea como utilización de matrices, como hibridación o como sintomática de una transformación cultural, las relaciones entre realismo y ciencia ficción en estas tres novelas latinoamericanas se ha evaluado productiva. Quizá la intuición de que, en la contemporaneidad, “la ciencia ficción es el nuevo realismo” no le haga justicia ni a la ciencia ficción ni al realismo, pero al menos permite formular nuevas preguntas para nuevos objetos.

BIBLIOGRAFÍA

- BERARDI, Franco (2016), *El trabajo del alma*. Buenos Aires, Cruce.
- BROWN, Andrew (2006), “Hacking the past: Edmundo Paz Soldan’s *El delirio de Turing* y Carlos Gamerro’s *Las islas*”, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, vol. 10, n.º 1, pp. 115-129.
- CARRIÓN, Jorge (2020), *Lo viral*. Madrid, Galaxia Gutenberg.
- CASTAGNET, Martín Felipe (2016), *Los cuerpos del verano*. Buenos Aires, Factotum.
- CASTAGNET, Martín Felipe (2015), “El viaje de la ciencia ficción argentina a los confines del espacio interior”, *Cuadernos LIRICO*, n.º 13.
- Consultado en: <<http://journals.openedition.org/lirico/2160>> (27/09/20). DOI: <<https://doi.org/10.4000/lirico.2160>>.
- CASTAGNET, Martín Felipe (2017), “No tengo ningún respeto por la ciencia ficción”, en *Eterna cadencia*.
- Consultado en: <<https://www.eteracadencia.com.ar/blog/contenidos-originales/entrevistas/item/no-tengo-ningun-respeto-por-la-ciencia-ficcion.html>> (27/09/20).
- COLANZI, Liliana (2020), “Cuerpos que desaparecen: Mercado, tecnología y animalidad en *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet”, *Revista Iberoamericana*, vol. 84, n.º 270, pp. 131-146. DOI: <<https://doi.org/10.5195/reviberoamer.2020.7891>>.
- COLOMBETTI, Florencia (2018), “Inmortalidades digitales. Vida y tiempo en *Los cuerpos del verano* de Martín F. Castagnet”, en María Soledad Boero y Alicia Vaggione (comps.), *Gestos vitales. Recorridos críticos sobre escrituras del presente*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 33-48.

- COSTA, Flavia; RODRÍGUEZ, Pablo (comps.) (2017), *La salud inalcanzable. Biopolítica molecular y medicalización de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Eudeba.
- DELEUZE, Gilles (1991), “Posdata sobre las sociedades de control”, en *El lenguaje literario*. Montevideo, Nordan, pp. 19-24.
- DE ROSSO, Ezequiel (2012), “La línea de sombra: Literatura latinoamericana y ciencia ficción en tres novelas contemporáneas”, *Revista Iberoamericana*, vol. 78, n.º 238-239, pp. 311-328. DOI: <<https://doi.org/10.5195/reviberoamer.2012.6902>>.
- FOUCAULT, Michel (2016). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Horacio Pons (trad.). Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA, Nicolás (2020), “La verdad de la catástrofe: el deseo de realidad en las distopías sociológicas de Hernán Vanoli”, *Estudios de Teoría Literaria*, vol. 9, n.º 19, pp. 98-109.
- HORNE, Luz (2011), *Literaturas reales: transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporáneas*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- IGLESIA, Anna María (2016), “Entrevista a Edmundo Paz Soldán”, *Revista Eñe*. Consultado en: <<https://xn--festivalee-19a.com/actualidad/sala-de-lectura/entrevista-a-edmundo-paz-soldan-por-anna-maria-iglesia/>> (27/9/2020).
- JORZA, Diana (2012), “La figuración de una utopía política en *El delirio de Turing* de Edmundo Paz Soldán”, *Revista Hispánica Moderna*, n.º 65, pp. 47-64.
- MAVRIAKIS, Nicolás (2014), *El recurso humano*. Buenos Aires, Milena Caserola.
- PAZ SOLDÁN, Edmundo (2005), *El delirio de Turing*. Buenos Aires, Alfaguara.
- RODRÍGUEZ, Pablo (2019), *Las palabras y las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Buenos Aires, Cactus.
- STERLING, Bruce (1986), “Preface”, en Sterling, Bruce (antol.), *Mirrorshades: The Cyberpunk Anthology*. Nueva York, Ace Books, pp. ix-xvi.
- SUVIN, Darko (1972), “On the Poetics of the Science Fiction Genre”, *College English*, vol. 34, n.º 3, pp. 372-382.
- WAINBERG, Romina (2017), “Dónde está la ciencia en la ‘ciencia ficción’. Una defensa de la apropiación estética del conocimiento científico en la era de su accesibilidad digital”, en *Revista Luthor*. Consultado en: <<http://www.revistaluthor.com.ar/spip.php?article179#nb2>> (27/9/20).
- WENTWORTH, Isabelle (2020), “Bodies and technologies in *Los cuerpos del verano*”, *Textual Practice*. DOI: <<https://doi.org/10.1080/0950236X.2020.1789727>>.
- WOLFE, Cary (2010), *What is posthumanism?* Minneapolis, University of Minnesota Press.